

28—Los peligros de las políticas y los principios mundanos

MUCHOS DE NUESTROS MIEMBROS están perdiendo el rumbo debido a que se amoldan al mundo.

Y esto me tiene muy preocupada debido a que el Señor me lo recuerda continuamente. Durante varios años me ha sido mostrado una y otra vez que una política mundana se ha estado introduciendo en la administración de muchas de nuestras instituciones. Cuando leo los testimonios publicados, que fueron revelados a principios de los setenta, e incluso antes, me sorprendo al ver cuán claramente habíamos sido advertidos de los riesgos en cuanto esto, y cómo se nos había indicado cuál era el camino desde el principio.

Charla presentada en las tempranas horas de la mañana ante la Junta Médica Misionera de la Unión del Pacífico, en la capilla del sanatorio de Santa Helena, California, el 19 de junio de 1902. Manuscrito 96, 1902.

Pero la ruta, tan claramente fijada, no se ha seguido. Los hombres actúan como si jamás se hubiera dado consejo alguno; ¡y todavía esperamos que el Señor nos sostenga y haga grandes cosas por nosotros! Es cierto, él nos ayudará si en esto estamos en comunión con él; pero él no nos servirá mientras estemos insertando hilos de egoísmo en la trama.

Una desviación de los principios correctos

Existe un sentir entre nuestro pueblo —rechazado por algunos, es cierto: pero aceptado por muchos otros—, que todos los vinculados al servicio de Dios debían ser individuos aguzados, dispuestos y calculadores con el fin de dar una mejor impresión, indicando que su trabajo es todo un éxito. Los que continúan abrigando esa idea se sentirán amargamente desilusionados cuando el día del juicio encuentren que no tienen lugar en el reino de Dios. Los falsos preceptos no tendrán validez en el cielo. Ni un ápice de egoísmo debe ser introducida en ningún ámbito del servicio a Dios, en su obra aquí en la tierra.

Se ha estado introduciendo una costumbre mundana en la administración de nuestras instituciones. Fue algo que prácticamente dañó nuestra casa editora en Battle Creek. Dios no fue colocado en el primero, en el último y en el mejor lugar de todo. El juicio humano y las ideas humanas se estaban adueñando y controlándolo todo.

El Señor no se agrada de los que son ambiciosos y que son considerados astutos según los dictados del mundo. La obra de Dios debería tener para nosotros mucho más valor de lo que tiene en la actualidad. Es más trascendental de lo que creemos.

Los hombres que ocupan puestos de responsabilidad, y que se desvían de algún modo los principios bíblicos se están divorciando de Dios. No podemos permitir que las prácticas mundanas sean introducidas en nuestra obra. Los siervos del Dios vivo y los siervos de Satanás deben distinguirse unos de otros como la luz de las tinieblas. La línea de demarcación entre ambos debe ser inequívoca.

Si alguna vez hubo un tiempo cuando los que tienen conocimiento de la verdad presente deberían encontrar el rumbo, es ahora. Aunque nadie debe actuar en forma independiente de sus hermanos, cada cual tiene que percatarse de su propia situación y de hacia dónde se dirige. Y esta es la pregunta que todos deberíamos hacernos: «¿Cuál es mi relación con Dios?».

La conformidad con el mundo es lo que lleva a nuestro pueblo a perder el rumbo. La perversión de los principios correctos no se ha producido de repente. El ángel del Señor me presentó este asunto mediante símbolos. Parecía como si un ladrón estuviera acercándose cada vez más, y que gradual y subrepticamente aunque en forma segura, estuviera robando la identidad de la obra de Dios; mientras lleva a nuestros hermanos a adaptarse a las prácticas del mundo.

Los pensamientos humanos han ocupado el lugar que en todo derecho le pertenece a Dios. Sin importar el puesto que alguien ocupe, ni lo elevado del mismo, hemos de actuar como Cristo lo haría, en caso que este estuviera en nuestro lugar. Hemos de asemejar a Cristo en nuestras expresiones y en nuestro carácter en cualquier labor que desempeñemos.

No podemos permitir que la obra de Dios sea llevada adelante en forma contraria a un sencillo «Así dice Jehová»; pero cada vez ocurre con más frecuencia que hay quines se apartan de Dios pensando que tienen el privilegio de seguir adelante a su manera y de acuerdo con sus propias ideas.

Restricciones que son contrarias al espíritu del evangelio

Hace unas pocas semanas leí en un periódico de Battle Creek algo que me asombró. Decía que ningún fondo perteneciente al Sanatorio de Battle Creek podrá ser enviado fuera del Estado de Michigan para construir o apoyar a ninguna institución sin importar del tipo que sea. Hermanos, Dios no apoyará ese acuerdo.

Mientras estábamos luchando en Australia —un territorio nuevo y no trabajado—, el Señor me pidió que solicitara la ayuda del Sanatorio de Battle Creek para establecer un sanatorio allá. Aquello era muy necesario para darle prestigio a la obra en ese nuevo territorio, un mayor prestigio que el que el Sanatorio de Battle Creek podría aportar a la obra en Estados Unidos. Pero no se le dio una respuesta al pedido del Señor. Cuando leí aquella declaración respecto a las restricciones impuestas a las recaudaciones de la institución en Battle Creek, comencé a entender por qué no habíamos recibido ninguna ayuda de esa fuente mientras estábamos en Australia.

Semejante restricción no está de acuerdo con los principios del evangelio. Cristo encargó a sus discípulos que llevaran el evangelio hasta los confines de la tierra. Él no restringió las bendiciones del evangelio a Judea ni a ningún otro lugar. En la obra de Dios existe equidad. Nosotros ayudamos a establecer la institución médica en Battle Creek y la cuidamos tiernamente en su infancia; y una vez fortalecida debiera haber estado lista para responder a la solicitud hecha a sus administradores para que nos ayudaran a establecer una institución parecida en Australia.

Es bueno que nuestros hermanos sepan que en la organización y administración de las diversas ramas de la obra no se debe conceder un espacio a esa política, o plan egoísta.

Principios erróneos que deben ser desterrados

El Señor espera que hagamos todo lo posible para liberarnos del espíritu de mundanalidad que se ha introducido entre nosotros. Él desea que entendamos que no debemos construir enormes sanatorios en lugares privilegiados ya que eso absorbería recursos que podrían ser utilizados para construir sanatorios en otros lugares. Él desea que las instituciones médicas se establezcan en muchos lugares y en muchos territorios, en todo país adonde se lleve la verdad.

El Señor nos llama a una reforma. En todo lugar donde los creyentes han adoptado prácticas mundanas él desea que se dé la voz de alarma. Él dice: «¡Clama a voz en cuello, no te detengas, alza tu voz como una trompeta! ¡Anuncia a mi pueblo su rebelión y a la casa de Jacob su pecado!» Como pueblo y como individuos debemos desechar los erróneos principios y ambiciosos proyectos que nos llevan a abarcar demasiado en un reducido ámbito. Dios desea que aprendamos a dar pasos firmes y seguros, siempre avanzando en sus caminos. Él desea que construyamos cada edificio tomando en cuenta las necesidades de otros lugares, que en ocasiones deben contar con recursos parecidos.

En ningún sentido la obra de Dios debe ser limitada por restricciones formuladas por seres humanos. Muchos de los ambiciosos planes y normas que se han adoptado no cuentan con la aprobación de Dios. Él no participa de la idea de invertir muchos recursos en un mismo lugar. Él desea que cada institución ya establecida esté preparada para colaborar con el establecimiento de la próxima que se necesite. Sobre aquel que conoce la verdad descansa en especial la responsabilidad de llevar a otros a la verdad.

Lo mismo se aplica a la fundación de instituciones. Ninguna persona, ninguna institución debe estar tan restringida, al punto que este principio de servicio por los demás tenga que ser violado. Algunas ya están atadas; pero el Señor desea liberarlas. En horas de la noche me parecía como si estuviera viendo a aquellos a quienes se les colocaban yugos. Luego alguien con autoridad pasó al frente y rompió cada yugo diciendo: «Yo no establezco estos yugos. Cada uno debe estar

en pie con la independencia que Dios le ha dado, aunque permaneciendo en humildad como un niño pequeño”.

Dios desea que su pueblo trabaje por aquellos que están a su alrededor y que sostenga a los obreros que son enviados a nuevos territorios. Los que viven en cómodas casas, rodeados por bondadosos amigos no deben decirles a los sacrificados obreros que acuden a nuevos territorios que su labor debe ser de sostén propio. Hermanos y hermanas, recuerden que los misioneros que ustedes envían a tierras lejanas a menudo trabajan entre enemigos que no cesan de hacer planes para estorbarlos en sus labores. ¿No sería mucho mejor que los obreros en el territorio nacional sean de sostén propio, en lugar de pedir a los hermanos enviados a los campos misioneros, donde la verdad no es conocida, que sean de sostén propio a pesar del entorno desfavorable?

Dios llama a los obreros en Estados Unidos a que apoyen a sus colegas en el extranjero y a que los auspicien en cada empresa que emprendan. Cuando el Señor les pide que se levanten y edifiquen, los que están a cargo de la obra en este país deberían estar listos a prestarles ayuda con generosidad.

Un llamado a favor de principios de justicia y rectitud.

Para muchos intelectos, reconocer los tiempos en que vivimos está tan distante como lo está el cielo de la tierra. Parecería que se olvida por completo el deber de prepararse para el encuentro con un Salvador presto a regresar. Dios desea que despertemos a la realidad. Él desea que actuemos como seres racionales que se encuentran a los umbrales del mundo eterno.

Recuerden que al ustedes prepararse para el reino celestial también están preparando a otros. Las Escrituras dicen: «Haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino”. Muchos son débiles en la fuerza moral; no han tenido los privilegios y el adiestramiento que nosotros sí hemos tenido; muchos jamás han tenido la oportunidad de recibir instrucciones «mandato tras mandato, renglón tras renglón, línea tras línea, un poquito aquí, un poquito allá”.

Dios coloca grandes responsabilidades sobre aquellos que han recibido ese tipo de instrucción; sí que deberían pasar mucho tiempo orando. En lugar de creer que querer que sus opiniones prevalezcan, debieran ser extremadamente prudentes. En vez de acumular sobre sí todas las tareas que les es posible asumir, algo que no les deja tiempo para orar, ni tiempo para reflexiona en cuanto a su situación espiritual; deberían dedicar mucho tiempo a la comunión con su Hacedor.

La causa de Dios es tan preciosa para él, que de cada persona que afirma ser su siervo el Señor demanda una correcta representación de su carácter divino. Nadie, sino los que caminan correctamente delante de él, están calificados para esa mayordomía. Dios trabaja con aquellos que representan en forma apropiada su carácter. A través de ellos su voluntad es hecha en la tierra como en el cielo.

Elevemos a diario la oración que Cristo enseñó a sus discípulos y luego practiquémosla durante el día. Poner en práctica esa oración es el gran deber del ser humano. Sus principios constituyen la base de la que brota toda buena acción. Quienes pongan en vigor todos los aspectos de esos principios se convertirán en personas sensibles; personas cuyos pensamientos Dios mismo puede controlar y guiar.

Cuando alguien entra en una relación correcta con Dios, los principios de justicia y rectitud impregnarán todo su ser. Mi hermano, mi hermana, ¿ha recibido usted el Espíritu Santo? Bien podría esa pregunta ser dirigida a aquellos que tienen en sus manos las riendas que guían los movimientos de los obreros de Dios.

Cada uno de los profesos seguidores de Dios necesita un espíritu humilde y contrito; y los que ocupan elevados puestos de responsabilidad necesitan una doble porción de ese espíritu de humildad. En lugar de ser descuidados e indiferentes, en vez de pensar que ellos son los que han recibido mayor sabiduría de parte de Dios y que saben cómo mejor dirigir a los demás; esos mismos a los que se ha confiado muchas responsabilidades deberían humillarse en el polvo, suplicando a Dios como nunca jamás han suplicado. Dios desea que cada hombre de influencia en nuestras filas valore los principios de justicia y equidad.

No podemos permitirnos el lujo de ser descuidados e indiferentes respecto a nuestro bienestar espiritual. Se me ha mostrado que la obra de gracia primero comienza en el hogar, en los corazones individuales. A los niños, desde desde su más tierna infancia, debe impartírseles el conocimiento de Dios. La instrucción que Dios dio a los padres y las madres de Israel respecto a enseñar los preceptos divinos a sus hijos, es asimismo para los padres de esta época. Dios dice: «Estas palabras [...] se las repetirás a tus hijos, y les hablarás de ellas estando en tu casa y andando por el camino, al acostarte y cuando te levantes. Las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; las escribirás en los postes de tu casa y en tus puertas».

¿Por qué se preocupa Dios en forma especial por el conocimiento de su ley? Debido a que el alejamiento de ella significa destrucción, no solamente del transgresor sino también de muchos otros que la han violado siguiendo la malsana influencia de aquel.

Nuestra relación con Dios

Se me ha mostrado que nuestra relación con Dios es la misma que la de los niños pequeños con sus padres. El Dios del cielo cuida de su pueblo y de su iglesia del mismo modo que los padres amantes cuidan de sus hijos. Nosotros somos tan ingenuos como los niños pequeños; porque nos inclinamos a pensar que lo sabemos todo, cuando en realidad no hemos comenzado a conocer lo que Dios espera enseñarnos cuando mostremos la disposición a seguir sus pisadas.

¿Descenderemos de nuestra posición de autosuficiencia y con candidez infantil nos empeñaremos en la obra de Dios? ¿Estaremos dispuestos a ser enseñados y dirigidos por él? Con vacilantes pasos estamos recién comenzando a caminar. Con el tiempo aprenderemos a dar pasos más firmes, pero ahora estamos sujetos a tropezar y caer en cualquier momento. Desde el más encumbrado al más humilde, cada uno de nosotros tiene debilidades espirituales y problemas parecidos a las debilidades y problemas de niños indefensos. Así como esos niños no pueden depender de sus compañeros, sino de sus padres, nosotros también debemos aprender a no confiar nuestras indefensas almas a cualquier ser humano, sino aferramos de Aquel que es poderoso para salvar. Las prácticas humanas no poseen valor alguno. Debemos depender individualmente de Dios para recibir fortaleza y dirección.

De nada vale que alguien intente utilizar su propia sabiduría humana mientras ocupa algún elevado cargo de responsabilidad en el servicio a Dios. Su obra por la iglesia no tendrá valor alguno a menos que ponga su confianza en la sabiduría del gran Cabeza de la iglesia. Dios nos llama a que todo lo que hagamos y todo camino que emprendamos sea con temor y temblor ante él. Si ustedes se empeñan en su propia salvación con temor y temblor, jamás fracasarán; «porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad».

Siempre y cuando trabajemos de acuerdo con las directrices de Cristo, aferrándonos del brazo del Todopoderoso, estaremos a salvo; pero tan pronto nos soltemos de su brazo y comencemos a depender de los seres humanos, corremos un gran peligro.

Hoy mismo el Señor desea que ustedes alcancen una norma más elevada que la que nunca antes hayamos logrado. Día tras día debemos ascender, siempre hacia arriba, hasta que se pueda decir de nosotros como pueblo: «Estáis completos en él».

La unidad

La obra de Dios avanza con mayor rapidez cuando sus obreros están unidos. En la unidad hay una vitalidad y un poder que no pueden ser obtenidos de ninguna otra forma. Unidos mutuamente, trabajando juntos en armonía, seremos verdaderamente «colaboradores de Dios».

Alguien dijo: «Sí, en eso es precisamente en lo que creo: en la consolidación». Pero esa unidad no es lo que el mundo llama «consolidación». La unidad entre los hermanos da como resultado una integración con Cristo y con los ángeles celestiales. Dicha unidad nace del cielo. Eso fue lo que Cristo expresó al orar: «Pero no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado la gloria que me diste, para que sean uno, así como

nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado” [Juan 17: 20-23].

Caminando en la luz

Si no fuera por la luz que se nos brinda desde lo alto, no podríamos seguir paso a paso las divinas pisadas. Cristo vino a este mundo con el fin de que podamos tener esa luz. Él es «la luz verdadera que alumbra a todo hombre». La majestad del cielo, el Hijo del Dios vivo, alguien que es igual que el Padre, vino a nuestro mundo para estar del lado de los seres caídos; es mediante su sacrificio que concede valor a los seres humanos. Más y más bajo pisó en humillación, hasta que le fue imposible descender más. Por nosotros él sufrió y murió. Mientras colgaba de la cruz, exclamó: «¡Consumado es!» Él había completado su obra a favor de nosotros; se había convertido en la propiciación por nuestros pecados. Cristo hizo posible que nos limpiemos mediante la fe en él.

Si desde el principio hubiéramos caminado siguiendo el consejo de Dios, miles más se habrían convertido a la verdad presente. Pero muchos han trazado sendas torcidas para los pies de ellos. Mis hermanos: «Haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino». Que nadie siga una senda torcida que alguien ha trazado, porque de ese modo no solamente se desviará usted sino que hará más fácil que alguien más siga esa senda torcida. Decida hoy que caminará en la senda de obediencia en lo que a usted respecta. Sepan con certeza que ustedes se encuentran bajo el amplio escudo del Omnipotente. Reconozcan las características de Jehová que deben ser reveladas en sus vidas, y que en ustedes debe ser realizada una obra que modelará sus caracteres a la semejanza divina. Entréguense a la dirección de Aquel que es la cabeza de todo.

Hermanos y hermanas, estamos realizando nuestra obra para el juicio final. Aprendamos de Jesús. Necesitamos su dirección en todo momento. A cada paso del camino debemos preguntar: «¿Es esta la senda de Jehová?», en lugar de decir: «¿Es esta la senda del hombre que me dirige?». Debemos únicamente preguntarnos si acaso estamos caminando por la senda de Jehová.

Dios honrará y sostendrá a toda alma bien intencionada y ferviente que busca caminar ante él en la perfección de la gracia de Cristo. Él jamás abandonará ni olvidará a un alma humilde y temblorosa. ¿Estamos dispuestos a creer que él obrará en nuestros corazones? ¿Que si le permitimos hacerlo, él nos purificará y santificará mediante su abundante gracia, capacitándonos para ser obreros conjuntamente con él? ¿Podremos mediante una aguda y santificada percepción apreciar la fortaleza de sus promesas y apropiarnos de ellas, no porque lo merezcamos; sino porque mediante una fe viva reclamamos la justicia de Cristo?

La recompensa de obedecer

Los que honran a Dios y guardan sus mandamientos son el blanco de las acusaciones de Satanás. El enemigo obra con toda su energía con el fin de arrastrar a los seres humanos al pecado. Luego afirma que tomando en cuenta sus pecados pasados, se le debería permitir ejercer su infernal crueldad sobre ellos, porque son sus súbditos. Acerca de esa obra Zacarías ha escrito mencionando a Josué como representante del pueblo que guarda los mandamientos de Dios: «Luego me mostró al sumo sacerdote Josué, el cual estaba delante del ángel de Jehová, mientras el Satán estaba a su mano derecha para acusarlo».

Cristo es nuestro Sumo Sacerdote. Satanás está delante de él día y noche como acusador de los hermanos. Con magistral poder el enemigo presenta los rasgos de carácter negativos como un motivo suficiente para retirar la protección de Cristo, permitiendo que Satanás desanime y destruya a aquellos que él mismo ha llevado a pecar. Cristo, sin embargo, ha hecho expiación por cada pecador. Podemos por fe escuchar a nuestro Abogado mientras dice: «¡Jehová te reprenda, Satán! Jehová, que ha escogido a Jerusalén, te reprenda! ¿No es este un tizón arrebatado del incendio?».

«Josué estaba cubierto de vestiduras viles».

El enemigo reviste de ropas de pecado y vergüenza a los que mediante sus arteras tentaciones han sido vencidos y apartados de su lealtad a Dios. Luego declara que no es justo que Cristo sea la luz de ellos, su defensor.

Pero los pobres y arrepentidos mortales escuchan las palabras de Jesús, y según ustedes escuchan, creen: «Habló el ángel y ordenó a los que estaban delante de él: “Quitadle esas vestiduras viles”». «Yo borraré sus transgresiones. Cubriré sus pecados Le imputaré mi justicia». «Y a él dijo: “Mira que he quitado de ti tu pecado y te he hecho vestir de ropas de gala”».

Las ropas viles son quitadas pues Cristo dice: «He quitado de ti tu pecado». La iniquidad es transferida al puro, santo e inocente Hijo de Dios; y el hombre, inmerecedor, comparece ante el Señor limpio de pecado y revestido de la justicia imputada de Cristo. ¡Qué gran cambio de vestiduras!

Luego Cristo hace aún más por el arrepentido pecador: «Después dijo: “Pongan un turbante limpio sobre su cabeza”. Pusieron un turbante limpio sobre su cabeza y lo vistieron de gala. Y el ángel de Jehová seguía en pie. Después el ángel de Jehová amonestó a Josué diciéndole: “Así dice Jehová de los ejércitos: Si andas por mis caminos y si guardas mi ordenanza, entonces tú gobernarás mi Casa y guardarás mis atrios, y entre estos que aquí están te daré lugar”».

La perspectiva

Nos encontramos a las puertas de la eternidad. Algunos podrían decir: «¿Cómo sabe usted eso hermana White?». Lo sé tomando en cuenta los juicios de Dios

que están cayendo sobre la tierra. Esos juicios se presentan para hacer que hombres y mujeres despierten. Dios tiene un propósito en todo lo que permite suceda en nuestro mundo, y espera que seamos sensibles en lo espiritual para que identifiquemos su mano en los acontecimientos poco usuales que son hoy prácticamente sucesos cotidianos. Sus juicios han comenzado ya a caer sobre los habitantes de la tierra. Él puede trastocar los edificios más elevados que supuestamente son a prueba de fuego, y en dos o tres horas se convertirán en nada, consumidos por completo.

Tenemos ante nosotros una gran tarea: cumplir el cometido de dar el último mensaje de advertencia a un mundo pecador. Pero, ¿qué hemos hecho en el mundo? Observen, les suplico, los muchos, innumerables lugares que jamás han sido penetrados. Piensen en el Sur con sus millones y millones de almas. ¿Quiénes están interesados en la salvación de ellos? Observen los grandes edificios que se han apiñado en unos pocos lugares. Sean ustedes testigos de lo que se ve en Battle Creek y en otros pocos centros de nuestra obra. Piensen en todo el tiempo, el esfuerzo, los recursos que se han empleado en hacer una gran ostentación en unos pocos lugares. Observen a nuestros hermanos y hermanas trillando una y otra vez el mismo terreno, mientras alrededor de ellos hay un mundo descuidado, que yace en maldad y corrupción: ¡un mundo que no ha sido advertido! A mi entender ese es un lamentable cuadro. ¡Qué inexcusable indiferencia manifestamos ante las necesidades de un mundo que perece!